

Sarah Moore Fitzgerald

una TARTA de  
MANZANA LLENA  
de ESPERANZA

*Siempre queda una miga...*

*Traducción:*

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS



MAEVA  young

*Para Ger*



# LA PRIMERA PORCIÓN



Tuvieron que tener preparada una ambulancia a la puerta de la iglesia por si alguien se desmayaba. Hombres con brazaletes verdes dirigían el tráfico. Alguien había escrito COMPLETO con letras rojas en un cartel que colgaron a la entrada del aparcamiento. Los vecinos abrieron las verjas de sus jardines.

Dentro habían pegado unas grandes tiras de papel en los respaldos de las primeras cuatro filas de bancos en los cuales otro cartel decía RESERVADOS PARA 3R, porque solo los alumnos de esa clase podían sentarse allí.

Todos parecían aturridos. Era el Día de Oración por Oscar Dunleavy, que había desaparecido, presumiblemente estaba muerto, y nadie se hace nunca a la idea de una cosa así.

El padre Frank se había convertido en el centro absoluto de atención. Dijo que los compañeros de Oscar iban a necesitar tranquilidad, protección y respeto a causa de «las cosas lamentables, antinaturales e increíbles» que uno experimenta

cuando presiente que no va a volver a ver a un compañero de clase.

También íbamos a necesitar mantas, porque la calefacción de la iglesia se había estropeado justo cuando el tiempo de febrero había vuelto a cambiar para peor.

Oí al padre Frank cuando hablaba con los padres y les decía que nos esperaban «unos momentos muy difíciles» al ver el pupitre vacío de Oscar y pasó junto a su taquilla, pintada con un grafiti y que seguía cerrada con un candado que nadie había tenido el valor de forzar. El padre Frank estaba en su salsa ante la oportunidad de centrar su atención en algo distinto de sus quehaceres habituales, que por lo general se limitaban a pasearse por el colegio y mandar a los alumnos que recogiéramos nuestros desperdicios o tiráramos el chicle.

Ahora estaba reconfortando a gente triste y traumatizada, y utilizaba un lenguaje de aflicción y consuelo que por lo visto dominaba a la perfección.

Explicó que aunque pareciera que todos estábamos bien, íbamos a tener que enfrentarnos a momentos de desconcierto cuando la pérdida de Oscar se materializara como un ataque contra nuestras mentes jóvenes e impresionables, no solo durante aquellas semanas tristes y vacías, sino a lo largo de muchos años.

Todos fuimos entrando en fila. Caras pálidas. Narices enrojecidas. La clase entera se fundió en una única mancha silenciosa, un borrón azul de uniformes que palpitaba como un fantasma gigante.

Cada vez que miraba a la multitud, veía algo que habría querido no ver: el rostro estremecido de un hombre adulto,

una mujer que rebuscaba un pañuelo en el bolso, lágrimas que goteaban de la barbilla de alguno de los asistentes. Se oían intercambios de saludos en voz baja y toses que sonaban artificiales.

Y entonces apareció el padre de Oscar, empujando la silla de ruedas de Stevie; parecían dos eslabones rotos de una cadena. Durante un segundo, el grito de un bebé rasgó el silencio, como una explosión de sonido feliz y casual, puro y nítido en medio de aquella angustia. Había flores, montañas y montañas de flores, todas azules y amarillas.

–Acianos, ranúnculos –dijo el padre Frank en algún momento de su perorata incesante–. Acianos por el color de sus ojos, ranúnculos por su alma radiante.

En serio, esas fueron sus palabras.

Una fragancia de hierbas aromáticas y almizcle flotaba en el aire. Dio la impresión de que se levantaba polvo de todos los rincones de la iglesia como una especie de bruma sobrenatural. Y mientras duró aquella ceremonia que nadie deseaba, todos hicimos lo posible por no mirar a los ojos a nuestros compañeros.



Estaba casi empezando a creer que el discurso del padre Frank no iba a acabar nunca, cuando su voz se volvió más grave, más lenta y más solemne para señalar el final de una parte y el comienzo de otra.

–Ejem –carraspeó–. Ahora vamos a pedir a la mejor amiga de Oscar que salga a leer. Es la persona que ha estado más cerca de él. Va a decir unas palabras para recordar a su amigo

en nombre de todos los que lo conocimos y lo quisimos tanto.

No pude evitar acalorarme con esa sensación de bochorno que uno siente cuando no se ha preparado para algo importante. Nadie me había dicho que tuviera que leer. No estaba de humor para ponerme en pie delante de toda aquella gente ni para decir nada. Pero respiré hondo un par de veces y me dije que tenía que mantener la compostura por Oscar. Estaba segura de que las palabras que tendría que leer me esperaban en el atril, junto al padre Frank. Alguien tendría que haberme avisado con antelación, seguramente se trataba de un error porque nadie me había dicho nada, pero pensé que era comprensible, dadas las tristes circunstancias.

Pero nadie se acercó para decirme lo que tenía que hacer, y lo único que veía eran las coronillas de todos los asistentes. Me puse en pie mientras se hacía un silencio sepulcral en el interior de la iglesia y la gente se movía inquieta en los bancos. Me dio la impresión de que la multitud se estremecía ante mis ojos.

Y entonces se levantó. Con el pelo dorado y brillante, surgió de su asiento como un ángel y se dirigió hacia el altar con tanta elegancia que parecía que flotaba en el aire. Al verla, me quedé paralizada, como pegada al suelo. La chica angelical se acercó al micrófono.

—¿Quién es esa? —le pregunté a mi madre; ella tampoco lo sabía. Me incliné hacia Andy Fewer, que estaba sentado en el banco de delante, para repetirle la pregunta—. ¿Quién es esa?

Pero cuando la chica comenzó a hablar reconocí su silueta y me di cuenta de quién era.

–La muerte no es nada...

Su voz era como chocolate fundido y se derramó entre nosotros como si alguien estuviera tocando música.

–Un breve momento y todo volverá a ser como antes.

Andy se volvió hacia mí con expresión de perplejidad.

–Es Paloma –respondió en un tono como si le hubiera preguntado en qué planeta vivíamos–. Paloma Killealy.

–Sí, claro –pensé–. No podía ser otra.

Cuando terminó de leer, nombró una canción y dijo que era la favorita de Oscar, como si lo hubiera sido siempre, y como si cada vez que la escuchara se acordara de él.

–Va por ti, Osc –dijo, y se puso a cantar una canción que no reconocí.

¿Osc? ¿Desde cuándo? Nadie lo llamaba así.



Cuando una persona joven sufre una desgracia, y cuando la gente se reúne en la iglesia para rezar por esa persona, se produce una especie de vibración extraña, algo similar a un murmullo o un zumbido. Todo se estremece, me imagino que del mismo modo que ocurre en los primeros momentos de un terremoto, como si hasta la tierra estuviera sobreco-gida y horrorizada por tan tremenda injusticia.

«Todavía le quedaba mucho por vivir» era la frase facilona e inútil que todo el mundo repetía una y otra vez, aunque nada de lo que la gente dijese fuera a cambiar las cosas, al menos de momento. Era demasiado tarde, decían. Porque Oscar había tomado una decisión, y por ello los demás íbamos a sufrir el resto de nuestras vidas. Se había ido. Y en

aquel momento todo el mundo más o menos había asumido que nunca iba a volver.



Febrero era el mes favorito de Oscar.

Yo le había dicho que debía de ser la única persona del mundo que tenía un mes favorito, pero él lo tenía muy claro. Me explicó que cuando se deja de ser niño, la Navidad solo es una terrible desilusión. Y enero nunca ha sido más que un mes oscuro y aburrido lleno de deberes y comidas anodinas. Pero luego, justo en el momento en que el mundo parece estar sumido en su momento más sombrío, aparece febrero y te da unos golpecitos amistosos en el hombro como si fuera tu mejor amigo y llevarais mucho tiempo sin veros.

Además, ese febrero en particular había traído una nueva señal que nos permitía planear cosas que nunca habíamos hecho: cosas distintas, cosas emocionantes, cosas de adolescentes. Ya no éramos niños pequeños y ese febrero llegaba lleno de cientos de nuevas posibilidades.

Pero ahora las posibilidades que Oscar hubiese podido disfrutar se habían reducido radicalmente. A cero.



En el exterior, el ambiente de los escalones de entrada a la iglesia era serio y silencioso, pero se oía un leve murmullo que parecía ir en aumento, como un monstruo distante y gigantesco que fuese avanzando a cada segundo.

Un grupo de padres se había arremolinado en torno al padre Frank; el sol brillaba como una broma macabra y hacía que todo pareciera más hermoso de lo que se merecía. Allí estaba Andy, y también Greg, y el padre Frank preguntó:

–Por Dios bendito, chicos, ¿por qué? ¿Por qué una persona a la que quedaba tanto por vivir habrá... terminado como parece que ha terminado?

–Pues verá, padre, puede ser por una serie de razones –dijo Andy, serio y decidido, como si fuese un experto en la materia–. Personalmente, creo que es casi un milagro que alguno de nosotros pueda sobrevivir.

–¿A qué te refieres? –preguntó el sacerdote.

–Me refiero –continuó Andy– a que cuando uno se hace mayor llega un momento en que prácticamente parece que el mundo no tiene sentido; en que de pronto se siente todo el peso de lo terrible que es la realidad, como algo llovido del cielo que te cae encima.

–¿Algo llovido del cielo? ¿Como qué? –preguntó el padre Frank en un arduo esfuerzo por entender.

–Algo grande, como un piano, por ejemplo, o una nevera. Y cuando eso ocurre, no hay manera de dar marcha atrás hacia algún momento en que todavía no te había caído encima.

–Pero ¿y las satisfacciones de la vida, y las alegrías, los planes, como el deporte, la música, las chicas y cosas así? –El padre Frank parecía estar suplicando.

–Ficción –suspiró Andy–. Espejismos en el desierto de la vida, para que a la gente le parezca que vale la pena.

–Ah –repuso el padre Frank–. Ah, entiendo; ¿y todos los jóvenes sentís lo mismo?

–Sí, creo que sí –respondió Andy sin molestarse en pedirle opinión a nadie–, pero la mayoría aprendemos a convivir con ello.

–Bueno, pues es un alivio, supongo.



Tardé muchísimo en encontrar a Stevie, que estaba sentado en su silla de ruedas junto a la puerta de la iglesia. Cerca de él se encontraba su padre, entregado de lleno a la solemne y repetitiva tarea de estrechar cientos de manos.

–¡Oh, Stevie! –Me incliné para abrazarlo, cerré los ojos y las lágrimas que había intentado contener brotaron como un torrente.

–No pasa nada, Meg –susurró, aunque evidentemente sí pasaba algo. Pero experimenté una sensación parecida al alivio cuando por fin pude mirarlo a la cara en condiciones–. ¿Cuándo volvisteis?

Le dije que habíamos vuelto lo más rápido posible, en cuanto nos enteramos de la noticia. Se me ocurrió que la sensación de que todo era tan inestable se debía en parte a que aún me encontraba bajo los efectos del *jet-lag*. No era capaz de ver con nitidez.

A pesar de estar inmerso en aquella niebla de balbuceos de dolor, había una alegría en Stevie y un brillo en sus ojos que me transmitieron cierto ánimo y me hicieron sentir que había alguna razón para sentirse animosa, o esperanzada, o incluso ligeramente optimista.

–¿Qué pasó, Stevie? ¿Qué demonios pasó? ¿Y por qué todo el mundo se comporta así? ¿Y esta misa? ¿Por qué una

misa? Quiero decir, se supone que no se debe celebrar hasta que está totalmente confirmado que la persona por quien se celebra ha muerto. No se hace una misa a menos que existan pruebas. O sea, que en principio no hay ninguna razón por la cual debamos creer que está muerto. ¿O sí?

Stevie me miró y se giró para acercarse un poco más.

–¡Exacto! –susurró–. ¡Eso es lo que he intentado decirle a todo el mundo! Gracias a Dios que has vuelto, Meg, porque, de verdad, eres la primera persona, la primera persona con la que he hablado, aparte de mí mismo, que no lo cree. Sabía que podría contar contigo y estoy encantado de que estés aquí, porque la verdad es que me sentía solo. Para ser sincero, hasta empecé a creer que me había vuelto loco. Todo el mundo va por ahí diciendo que se suicidó. En serio, ¿eh? Y eso no tiene sentido, de verdad, no lo tiene.

–Stevie, tienes que contarme todo lo que sepas. Cada pequeño detalle de lo que ocurrió antes de que desapareciera.

–Haré todo lo posible, Meg. Lo he repasado una y otra vez en mi mente. Pero ahora no tenemos tiempo para hablar.

–Stevie frunció el ceño y echó una mirada a su alrededor; su voz sonaba mucho más madura y sensata que la de cualquier niño de su edad–. ¿Por qué no bajamos luego al embarcadero? Nos vemos allí. Espera más o menos hasta medianoche, ¿de acuerdo?

–¿Y cómo vas a poder llegar tú solo a esas horas de la noche, Stevie?

–No problemo –dijo en un tono nada afligido que ayudó a avivar mis esperanzas–. Desde que te fuiste han pasado un montón de cosas. ¡Ahora soy casi autosuficiente!

En su cara se dibujó una sonrisa tan amplia que comenzó a atraer una atención no deseada, así que cambió de expresión, puso un gesto más serio y, con la confianza furtiva de un espía, me pidió que me mezclase entre la gente, que no dijese nada y que me reuniese con él más tarde como habíamos quedado.

El gentío se arremolinó. Hubo abrazos y mucho más llanto. Desde la distancia, vislumbraba cada poco el destello del pelo dorado de Paloma Killealy, y entre la multitud que seguía hablando con susurros me pareció oír por todas partes su nombre pronunciado en voz baja y de boca en boca como si fuera un poema. Paloma Killealy, Paloma Killealy. Paloma, Paloma Killealy.

## LA SEGUNDA PORCIÓN



**N**o me maté. Sigo vivo. No estoy muerto. Es cierto, me siento fatal por todo lo ocurrido: por desaparecer sin decir adónde iba, porque todo el mundo dio por hecho que había muerto y por dejar que lo sigan creyendo.

Las cosas me habían sobrepasado. Fue un cúmulo de acontecimientos lo que me llevó a subirme en la bici y pedalear lo más rápido que había pedaleado nunca, lanzarme hacia el borde del mar y dejarme caer en sus aguas negras.



Recuerdo que después no paraba de repetirle a Barney lo completamente idiota que había sido, lo despreciable que me había vuelto y lo mucho que me odiaba.

Él no paraba de repetirme que sabía cómo me sentía y que hay personas que cuando dicen que quieren ayudarte

lo dicen en serio. Y estaba más o menos seguro de que me decía la verdad.

La verdad es una cosa muy importante a la que aferrarse cuando te han sacado del mar después de querer morir ahogado. Pude haber dejado que me llevaran las aguas. Ahora podía estar muerto; resulta curioso pensarlo. Cuando digo curioso, lo que en realidad quiero decir es extraño, inquietante.

Si oyes el aullido agudo de una sirena en tu interior, te invade enseguida la sensación de que nada te importa, y te vuelves peligrosamente autodestructivo. Antes siempre me sentía lleno de energía y felicidad, pero esos sentimientos habían desaparecido. Mis ideas alegres e infantiles habían sido reemplazadas. Una montaña entera de pensamientos nuevos comenzó a crecer en mi interior como una maraña de malas hierbas y estaba empezando a matarme. Por eso tomé la decisión de bajar al embarcadero en la bici en plena noche y lanzarme al mar.

Los proyectos que tenía se vinieron abajo, y cuando se hacía de noche los veía como si fueran los hierros retorcidos de un coche que ha chocado y del que no queda nada; nada que no esté destruido y combado, nada que tenga sentido.

No logré matarme. Cuando me di cuenta de que ni siquiera eso era capaz de hacer bien, me incliné por la segunda mejor opción. Decidí mantenerme apartado y hacer creer que había muerto. Durante algún tiempo, sin embargo, una parte de mí quería que alguien me encontrara.

Fue un poco doloroso que nadie pareciera poner demasiado empeño en dar conmigo. En un espacio de tiempo

inquietantemente breve, dio la impresión de que todo el mundo se conformaba con asumir que había desaparecido –después de una búsqueda que solo puede calificarse de poco entusiasta– y volver a su rutina diaria cuanto antes. Un par de policías fueron a casa de Barney, pero en cuanto les dijo que se marcharan y dejaran de molestarlo, se fueron.

No se debería dar a nadie por perdido cuando desaparece. No se debe decir «Qué tremenda desgracia, pero bueno, así es la vida».

Además, la desaparición de una persona es precisamente el acicate para que todo el mundo salga a buscarlo, y para que se siga buscando sin parar hasta que las uñas estén llenas de tierra y el alma llena de tristeza después de todas las rocas que han levantado para ver si el desaparecido estaba debajo de alguna. Si queréis saber mi opinión, os diré que conformarse y aceptar la desaparición de una persona es algo muy parecido a un delito. Y un insulto a su memoria.

Pero aprendí mucho. Con el transcurso de los días, aprendí que seguir oculto también tenía cierto sentido. Aprendí que no hay demasiada diferencia entre fingir haber muerto y estar muerto de verdad. Por lo visto, las dos cosas vienen a ser lo mismo.

Aprendí que si desaparece alguien conocido no debes sacar conclusiones precipitadas automáticamente. Hay que hacer preguntas y buscar y remover cielo y tierra hasta tener la total seguridad. No lo des por perdido hasta que hayas agotado todas las vías. Mantén la esperanza en tu corazón.